

Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España (manuscrito Guatemala)*, edición crítica de José Antonio Barbón Rodríguez, México-El Colegio de México-El Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD)-Universidad Nacional Autónoma de México. Facultad de Filosofía y Letras-Agencia Española de Cooperación Internacional, 2005, 1089 p.

El 26 de febrero de 1568, siendo regidor de Santiago de Guatemala, Bernal Díaz del Castillo firma el manuscrito que contiene su particular versión de la Conquista de México y que enviará a la imprenta siendo “un viejo de más de 80 años”. La *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España* ha sido por siglos una obra de gran popularidad. Junto con las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés, es de los mejores testimonios de la Conquista. Más de 400 años después llega a nosotros un documentado y esclarecedor estudio sobre la *Historia verdadera* en edición crítica de José Antonio Barbón Rodríguez. El trabajo ha salido a la luz gracias a una coedición preparada por El Colegio de México, El Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD) a través de la cátedra Humboldt, la Agencia Española de Cooperación Internacional y la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

De las universidades y centros de estudio alemanes nos han llegado muchos brillantes aportes a la historia de México. Es encomiable el esfuerzo de José Antonio Barbón, investigador de la Universidad de Colonia, Alemania, por lograr una nueva y original edición del llamado *manuscrito Guatemala*, sacado de un original hoy perdido y que hasta ahora permanecía inédito. Consciente de la trascendencia de este libro, Barbón Rodríguez se avocó a la tarea de desentrañar nuevos contenidos y significados de la obra que para muchos es “el relato más interesante de la Conquista”. Esta nueva edición fue preparada con cuidado y esmero durante muchos años.

En su tiempo, Alejandro de Humboldt consideró el *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España* “el libro de su vida”¹ y bien

¹ Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*, México, Editorial Porrúa. La cita en Juan A. Ortega y Medina, “estudio preliminar”, p. IX

podría aplicarse esto mismo a la labor de José Antonio Barbón Rodríguez. En el estudio crítico se percibe el esfuerzo de síntesis, sinopsis, armonía y detalle, que son producto de la sensibilidad y del arduo trabajo del historiador español. Él destaca la amplitud que alcanzó la obra de Bernal Díaz del Castillo, superando, incluso, en su opinión, la edición de la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1552) de fray Bartolomé de las Casas.

El libro está trabajado con criterio exhaustivo en todos sentidos. Consiste de un prólogo realizado por el propio Barbón Rodríguez, le sigue a éste la transcripción del *manuscrito Guatemala* de la *Historia verdadera de la Conquista de México*; viene después el amplio estudio crítico, en el que el investigador desentraña de este material riquísimo la vida de Bernal Díaz del Castillo, amén de que analiza las diversas fuentes de la *Historia verdadera*, cotejando siempre los manuscritos *Guatemala*, *Remón* y *Alegría*, labor que podemos sin exagerar describir como un trabajo “de benedictinos”. Es digno de resaltarse el valor del citado estudio biográfico (yo diría del pasado histórico del conquistador) en el que se corrigen fechas que eran imprecisas y se presenta el historiador de Colonia como un investigador acucioso y detallista. José Antonio Barbón Rodríguez coteja datos de diferentes fuentes, lo que le da un valor original y novedoso a la edición. Asimismo, resalta el trabajo de análisis de las distintas ediciones, lo que le da gran relevancia a este libro. El investigador toma en cuenta además todo documento paralelo, como probanzas, reales cédulas, testimonios, reclamos, actas de cabildo y, sobre todo, cartas (cabe recordar la presencia de Bernal Díaz en las actas de cabildo por espacio de 30 años aproximadamente). A continuación hay una parte destinada al estudio de la gramática donde se cotejan cuestiones ortográficas, morfológicas, etcétera. El autor no olvida una explicación de los criterios que usó para preparar la presente edición, en la que pone especial atención en aspectos del lenguaje y estilo. Así, el lector puede reconocer fácilmente, por ejemplo, las voces de Guatemuz (Cuauhtémoc) y Coadlavaca (Cuitláhuac) sin detenerse demasiado en el dificultoso texto original. También inserta una actualización de concordancias verbales y un estudio sobre la crónica de Indias, de gran valor historiográfico por tratarse de un enfoque comparativo que incluye varios autores en relación a Bernal. Hay una interesante sección en la que se presentan las imágenes

de Hernán Cortés y del indio, a través de la óptica de Bernal Díaz. Está, por otro lado, la parte muy importante y original de los indigenismos en la *Historia verdadera*. Por ejemplo, hay una descripción de los areitos (danzas) que actualmente son de gran valor para los estudios antropológicos y etnohistóricos. Asimismo, la obra cuenta con un glosario, un índice onomástico razonado y un índice toponímico; además, acompañan al texto una serie de láminas. Difícilmente le ha faltado incluir algo a José Antonio Barbón Rodríguez. Se trata, pues, de una espléndida edición de la obra de Bernal y del personaje mismo.

Podemos percibir la contemporaneidad psicológica e histórica que posee el pasado en las crónicas de Indias. La obra de Bernal Díaz debe ser tomada en cuenta por su valor como testimonio. Sólo para confirmar esta aseveración, ya en el siglo XVII fray Juan de Torquemada, en su *Monarquía indiana*, citaba a Bernal como “soldado de autoridad y verdad” y agregaba lo siguiente: “Yo vi y conocí en la ciudad de Guatemala al dicho Bernal Díaz ya en su última vejez y era hombre de todo crédito”.² En un espacio y época distintos, el siglo XIX, William H. Prescott, autor de otra célebre *Historia de la Conquista de México*, le dio crédito a Bernal por haber sido testigo presencial y protagonista de los hechos. Además, el historiador bostoniano creía que el suyo era “un buen criterio sobre la moral de los actores”.³ En tiempos recientes, sin embargo, persiste en algunos círculos la discusión en torno a si la *Historia verdadera* de Bernal Díaz del Castillo debe ser considerada historia, memorial o crónica. José Antonio Barbón Rodríguez aclara suficientemente este punto al analizar lo que es la “Crónica de Indias” y resalta, con razón, que lo importante es considerar que gracias a estos escritos nace la historiografía hispanoamericana. No pasa por alto, con justicia, los trabajos historiográficos anteriores sobre la obra de Bernal. Señala que está el invaluable análisis de Ramón Iglesia de 1935, así como el trabajo de Henry R. Wagner de 1945, pero éste último no cubre, en su opinión, los aspectos fundamentales de la magna obra, pues no conoció el *manuscrito Guatemala* ni el estudio de Ramón Iglesia. Se cuenta también con la contribu-

² Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1977, libro IV, cap. II, p. 16.

³ William H. Prescott, *Historia de la Conquista de México*, México, Editorial Porrúa, 1970, p. 187 y 303.

ción de Eberhard Straub, crítico implacable de la *Historia* de Bernal. Por otro lado, Carlos Pereyra empezó a señalar a Bernal desde la perspectiva del escritor y del valor literario de la pieza. No puedo dejar de mencionar el esfuerzo de Miguel León-Portilla, cuya edición (la de 1988, México, Secretaría de Educación Pública “100 de México”), estudio introductorio y selección de este texto se ha mantenido hasta la fecha como fuente imprescindible de consulta. Hoy la crítica moderna en relación a la *Historia verdadera* discurre, como bien explica el autor de este magnífico estudio, por dos vías: por la forma literaria del relato, y por los elementos de verdad contenidos en él. De lo primero, tiene mucha razón al decir que la obra ha atrapado al lector, tanto culto como aficionado, durante muchas generaciones, por su forma narrativa y lo interesante de su contenido, pero sobre lo segundo, es decir, sobre la veracidad del documento, queda algo por comentar. Henry Wagner sospechaba de las afirmaciones del cronista, mientras Straub lo acusaba abiertamente de plagiar a Francisco López de Gómara. En mi opinión, espero coincidir con el experto, no se trataba de un plagio, como tampoco lo era el uso que dio el padre Torquemada al trabajo de Gerónimo de Mendieta. Quizá la *Historia general de las Indias* de López de Gómara le sirvió de guía al ya muy anciano Bernal para ir hilvanando la sucesión cronológica de los hechos, “refrescándole la memoria” en algunos puntos, o quizá se trate de una puntual contestación. Por su parte, Ramón Iglesia prefería dar crédito a las versiones que sobre la Conquista había tenido Gómara. Sobre esta dualidad Gómara-Bernal podría escribirse todo un tratado. Se trata de dos maneras de ver la historia, de dos interpretaciones de los hechos desde diferentes perspectivas sociales, culturales y presenciales. El propio Bernal fue muy reiterativo en su contestación contra las aseveraciones de Gómara. “E por que estoy arto —dijo el soldado cronista— de mirar en lo que él [Gómara] va fuera de lo que pasó” y luego afirma “las palabras que dice Gómara en su *Historia* son todas contrarias de lo que pasó”.⁴

Bernal Díaz antepone a cualquier razonamiento que él es testigo presencial de una gran hazaña. Por eso piensa que su relato supera al de Gómara. Por otro lado, resalta que el suyo no es un relato viejo, sino reciente, dándole a los lectores del siglo XVII la

⁴ Cotéjese esta edición de la *Historia verdadera*..., cap. XX, p. 53 y cap. CII, p. 272.

posibilidad de acercarse lo más posible al hecho y juzgarlo desde una panorámica más amplia. “A manera de decir, ayer pasó lo que verán en la historia”. Entonces el propio cronista basa la importancia de su trabajo en la cuestión de la temporalidad y en ser directamente actor en los hechos.

José Antonio Barbón Rodríguez entendió bien la problemática que presentaba la credibilidad de Gómara y de Bernal, así que en la nueva edición él mismo se avocó a hacer un cotejo cuidadoso de estos autores, lo que se convierte en un instrumento muy útil de acercamiento al pensamiento de ambos protagonistas, ubicados, empero, en diferentes circunstancias en el devenir de los hechos.

Otra cosa importante que señala Barbón Rodríguez en su estudio, es la forma en que Bernal Díaz destaca el carácter colectivo de la Conquista, el espíritu de empresa de sus compañeros y la finalidad de destacar esto ante los lectores, sobre todo en los altos círculos españoles. Las huestes de Cortés ganaron el territorio a los naturales de la Nueva España, pero posteriormente debieron vencer una fuerte resistencia por parte de los colonos. La Corona se mantuvo en constante estira y afloja con los conquistadores, empeñados en convertirse en encomenderos perpetuos, en señores de la tierra. Bernal Díaz pensaba que sus méritos no habían tenido una recompensa o remuneración debida. El fin que persiguen al tomar la pluma es el interés de que ellos y sus descendientes obtuvieran beneficios. No podemos ver la crónica desde un punto de vista romántico o idealizado. Bernal fue un hombre muy pragmático. Cuando incurrió en una digresión, incluso llegó a decir “Dejemos estas pláticas y romances, pues no estábamos en tiempos de ellos”.⁵ Aunque él se consideraba entre los “idiotas y sin letras”⁶ excedió los límites culturales del grueso de los conquistadores. Aspiraba a una merced real, por lo que escribió esta obra que podría definirse bien dentro del esquema de relación de méritos y servicios, y lo hizo en gran parte para convencer a los funcionarios peninsulares. Finalmente, no es poco decir que este hombre vino a Nueva España con Francisco Fernández de Córdova, tomó la ciudad de Tenochtitlán con Hernán Cortés y participó en la pacificación del nuevo territorio. No debe ser motivo

⁵ *Ibid.*, cap. CXLV, p. 445.

⁶ *Ibid.*, cap. CCXII, p. 817.

de reproche de los historiadores actuales el que Bernal dijera su verdad. Él refrenda su empeño y dice “ser de los primeros descubridores de ésta Nueva España”.⁷ En conclusión, se preocupa por destacar su presencia en la empresa de la Conquista y así debe entenderse la finalidad del libro entero. En 1539 tuvo el reconocimiento a sus servicios, aunque tal vez no lo que él esperaba. Méritos, quejas, clamores, pleitos. De esto está plagada la obra. Los relatos de este tipo son un complejo de tensiones y contradicciones. Esto es palpable hasta los últimos días que le quedaban al conquistador antes de establecerse definitivamente en Guatemala alrededor de 1542 ó 1543. En realidad, Bernal corrió con más suerte que otros, pues en 1570 era un hombre que contaba con prestigio y estimación social y se le habían reconocido sus logros como conquistador, mientras que las encomiendas le proporcionaban holgura. Finalmente, Felipe II les concedió a sus hijos blasón nobiliario por los méritos del padre.

Si bien Barbón Rodríguez se esfuerza en dilucidar hasta dónde es posible entresacar, de los datos que ofrece el cronista, lo que es verdad o mentira, no olvida destacar la interpretación de los hechos por parte del protagonista, como tampoco desecha la personalidad histórica del autor y la importancia de la crónica como espejo de una época histórica de magnitud inconmensurable.

Todas estas reflexiones me llevan a concluir lo siguiente: Bernal comprometió su palabra desde el título mismo de su escrito, al ponerlo como la “verdadera” historia. Empero, buscar la objetividad en las crónicas es un esfuerzo fútil. La *Historia verdadera de la Conquista* es una versión sobre un hecho y, se trata de una visión personal de quien la evoca. No nos compete el convencer al público lector si la obra tiene el valor de reflejar la Verdad (así, con mayúscula) de un acontecimiento histórico, cosa por demás imposible si tomamos en cuenta que en nuestra disciplina la verdad es siempre relativa: depende del testigo, del autor, del cronista, del historiador mismo, del crítico que mira el suceso histórico desde su propia perspectiva o circunstancia. Es y será siempre una versión subjetiva. Lo que debemos intentar incansablemente en las crónicas no es dilucidar si el autor mintió o no, sino lo que interpretó del hecho mismo. Para el historiador, cabe añadir, aun

⁷ *Ibid.*, cap. II p. 8.

las supuestas mentiras son relevantes, pues dan claves interpretativas para entender ciertos objetivos o metas del protagonista o escritor. No podemos juzgar a Bernal por aderezar su propia historia con relatos extraordinarios que daban énfasis a su participación en sucesos trascendentes. Por ejemplo, él relacionaba la Conquista o la equiparaba con los grandes hechos de Grecia y Roma, lo que posteriormente veremos repetirse en crónicas como las de Mendieta o Torquemada, a pesar de su carácter hagiográfico. Por eso creo que fue muy atinado por parte de José Antonio Barón Rodríguez destacar en un apartado especial la pintura que este cronista hizo de Hernán Cortés. En ocasiones, el soldado de Valladolid compara al capitán medellinense con Alejandro Magno⁸ un “conquistador excepcional”. Es curioso, pues quién lee la *Historia verdadera* no puede idealizar a Cortés, pero tampoco condenarlo. Bernal refiere el interés de Cortés por el oro “de manera que quedaba muy poco de parte [para los soldados] y con todo se quedaba Cortés, pues en aquel tiempo no podíamos hacer otra cosa sino callar, por que demandar justicia sobre ello era por demás”.⁹ Por otro lado, se le daba al Rey “el quinto”, por lo que no esconde Bernal la decepción que sufrieron algunos soldados. En algunos aspectos podríamos comparar esta crónica, por ejemplo, con la de Torquemada, en lo que toca a la figura de Cortés. Para el fraile franciscano, Cortés destacaba por su piedad, caridad y otros valores morales, pero casi no se menciona su ambición. Bernal, en cambio, resalta que Cortés tenía “grandes mañas”.¹⁰ Era un héroe, pero también un ser humano, de carne y hueso; un genial estratega que por otro lado cometía errores, un hombre que castigaba, pero que también sentía compasión por el enemigo caído. Es interesantísima la relación que pinta Bernal entre su superior y Moctezuma. Cortés procedió a la venganza contra los indios contumaces, pero también se mostró clemente con otros que no tenían que dar sino la vida. El capitán era valiente, pero también lloraba. La obra de Bernal no hace una pintura idílica de Cortés, mientras que, por el contrario, ésta sí puede verse en la de Torquemada.

⁸ *Ibid.*, cap. XV, p. 39.

⁹ *Ibid.*, cap. CV, p. 279.

¹⁰ *Ibid.*, cap. CVI, p. 282.

La *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España* también dice mucho del ánimo y la disposición del indígena. Entre líneas logramos captar la simpatía de los propios extranjeros ante “el gran Moctezuma”, el valiente Cuauhtémoc, “de muy gentil disposición así de cuerpo como de facciones... y de rostro alegre”,¹¹ o bien la admiración ante la férrea decisión de los indios de no rendirse en el fragor de la batalla, a pesar de que se veía todo perdido. Pero no hay que olvidar que la crónica es una forma discursiva y al resaltar esto los españoles pretendían dar mayor valor a los conquistadores, pues éstos no se enfrentaban sólo a un enemigo poderoso, sino a uno casi invencible. Por eso Bernal Díaz refuta a Las Casas cuando se refiere a las crueldades de los conquistadores. “Nuestra venida en esta Nueva España no eran cosa de hombres humanos, sino que la gran misericordia de Dios es que nos tenía y amparaba”.¹² Naturalmente esto fue un tema que supieron explotar bien los frailes posteriormente: la idea de elección divina para el pueblo ibérico y la noción de que las costumbres e ídolos de los naturales eran cosa del demonio.¹³

Por último, cabría preguntar ¿por qué una crónica como ésta tiene vigencia en nuestros días? ¿Por qué se considera oportuno hacer una reedición? La *Historia verdadera* la escribió Bernal casi cincuenta años después de la caída de México Tenochtitlán y tras participar en la pacificación del territorio. Entender y desentrañar su contenido, su intencionalidad, sus recursos, y sobre todo el contexto en el que fue escrita y la experiencia del autor, nos toca a los historiadores entresacar el texto para comprender éste en toda su dimensión. Por eso creo que se tiene que ponderar una iniciativa como ésta y aquilatar este estudio crítico en particular, así como lo meticuloso del trabajo de Barbón Rodríguez, amén de sopesar la propia crónica de Bernal, que es un tesoro en sí misma. Prueba de ello es que ha sido objeto de estudio por varias décadas.

Si bien José Antonio Barbón Rodríguez asegura que a Carmelo Sáenz de Santa María, S. J., puede considerársele como el padre de Bernal Díaz en el siglo XX, yo creo que al propio Barbón puede conferírsele este mismo apelativo para el siglo XXI. La obra crítica

¹¹ *Ibid.*, cap. CLIV, p. 494 y cap. CLVI, p. 508.

¹² *Ibid.*, cap. CXLV, p. 444.

¹³ *Ibid.*, cap. CLIII, p. 487.

que nos presenta, junto con la edición del manuscrito, es un gran aporte por el valor biográfico e historiográfico que contiene.

Alicia MAYER
Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM